

Domingo 15 de octubre de 2006
El Mercurio

Finlandia

José Joaquín Brunner

El notable desempeño y buenos resultados del sistema educacional de Finlandia se han transformado en un tópico del debate chileno. Pues bien, ¿a qué factores se deben estos logros extraordinarios, en comparación con los del sistema chileno? Por lo pronto, a los factores de contexto en que se desenvuelve el sistema nórdico. Finlandia es una sociedad situada, junto a Japón y Suecia, entre las más igualitarias del mundo; Chile, entre las más desiguales. Su población (5,2 millones) no enfrenta problemas de indigencia y pobreza; al contrario posee uno de los más altos niveles de ingreso per capita del mundo. El gasto por alumno, en moneda comparable, es allá 2,3 veces el chileno en la educación básica y 3,1 veces en la educación secundaria. Si se compara sólo el gasto por alumno que asiste a escuelas financiadas por el Estado, la diferencia sería todavía más grande. De hecho, el gobierno nórdico gasta en educación, en proporción al producto, dos puntos más que Chile; en un país donde los ingresos del Estado alcanzan a un 39% del producto mientras en Chile bordean el 22%.

En cuanto al sistema educativo propiamente, Finlandia posee una provisión netamente pública de enseñanza obligatoria; sólo un 3% de los alumnos asiste a escuelas privadas subvencionadas. La administración de los colegios es altamente descentralizada a nivel comunal. Los procesos de admisión a los programas de formación inicial de profesores son rigurosos; sólo un 10% de los candidatos ingresa a las universidades que imparten carreras de pedagogía. Los futuros docentes deben obtener el título de Master, que se alcanza en 4 años. Los programas formativos de los profesores primarios son predominantemente de contenidos y métodos de enseñanza; en el caso de los profesores secundarios, dominan las materias disciplinarias y sólo un 22% de los créditos se destinan a aspectos educacionales. La carga horario de aula de los profesores finlandeses es moderada; entre 15 y 23 horas semanales. La relación alumnos por profesor dentro del sistema es de 16:1 en el nivel primario y de 13:1 en el nivel secundario, en contraste con Chile donde es de más de 30:1 en ambos niveles. Además, todo empleador de profesores, sea el director de un colegio o la autoridad comunal, está obligado a otorgar a cada profesor entre 3 y 5 días anuales para educación continua, la que es de orientación esencialmente práctica. En general, los docentes del país nórdico gozan de alta estimación social.

En suma, ¿qué comparación válida puede hacerse entre ambos sistemas? Funcionan en contextos completamente distintos; uno de país desarrollado e igualitario con alto bienestar, el otro típico de un país en desarrollo con grandes brechas de desigualdad. Ambos sistemas se organizan y gestionan de manera diferente. Los recursos que poseen son incomparables. La selección y preparación de los profesores y sus condiciones de trabajo son contrarias en muchos aspectos. La estructura de administración descentralizada de los establecimientos públicos es fuerte allá; débil aquí. ¿Cómo, entonces, esperar resultados semejantes entre estos dos sistemas? Más bien, debiéramos usar ciertos elementos del sistema finlandés como un modelo para aprender, abandonando la peregrina ilusión de que podemos llegar a estándares parecidos con nuestros actuales niveles de inversión educativa, gestión de las escuelas, preparación de los docentes, condiciones de su trabajo y prácticas de enseñanza.